

las amplias concesiones que se le habían otorgado en el tratado de Santa Fe, se autorizó por los Reyes á todos sus súbditos para establecerse en la Española y para que emprendiesen nuevos descubrimientos (10 de Abril de 1495).

Durante este tiempo Colón fortificó á Isabela, dejó el gobierno de la isla á su hermano Bartolomé, auxiliado por un consejo de oficiales, y se hizo á la vela, sin que durante los cinco meses que duró su viaje hiciese más descubrimiento importante que el de la Jamaica.

Costeando el Sur de Cuba, se halló metido en un laberinto formado por un infinito número de pequeñas islas, á las que dió el nombre de Jardín de la Reina, á causa de la riqueza y de los perfumes de su vegetación.

Cuando Colón volvió á Isabela (1498) encontró á los indios exacerbados contra los que en un principio habían acogido y venerado como á hijos del Sol. Y no les faltaba motivo para ello; después de la partida del Almirante, los soldados que había dejado á las órdenes de Alonso de Ojeda, sacudiendo el yugo de la disciplina y de la subordinación, se desbandaron por toda la isla é indignaron á los indios, á quienes trataban con la mayor insolencia y con todos los excesos de la tiranía militar.

El caribe *Caonabo*, cacique poderoso é influyente entre los de la isla, presintiendo los males que á ésta habían de sobrevenir por la ocupación extranjera, se opuso á ella con todas sus fuerzas, y estrechó la alianza de los caciques. Comprendió Colón que era de todo punto indispensable recurrir á las armas contra los indios para asegurar el ascendiente y dominación de los españoles, y se apresuró en reunir á sus tropas y atacar á los indios, que fueron fácilmente vencidos, haciendo prisionero al mismo *Caonabo*, al temido cacique de la casa de oro, que, indómito hasta en la prisión, murió al ser conducido á España con otros muchos habitantes de la isla, destinados á ser vendidos como esclavos.

En esta guerra fueron temibles auxiliares de los españo-

les los perros, que, enseñados á acometer en España á los moros, se ensañaron cruelmente contra los indios, gente desnuda y tímida.

Algunos meses bastaron á Colón para recorrer toda la isla, someterla sin resistencia é imponer un tributo á los indios mayores de catorce años, que debían satisfacer en oro unos y en algodón otros, según se producía éste ó aquél en los distritos que habitaban. Este pesado tributo se exigía con tan excesivo rigor, que los defensores de Colón, para excusar su inhumano proceder, dicen que él se vió obligado á adoptarlo como único medio de sostener su crédito é imponer silencio á sus contrarios, satisfaciendo la avaricia de los Reyes y comprometiéndoles á continuar los descubrimientos. ¡Pobres é inmorales excusas que nunca han sido estimadas como bastantes á justificar tan grande iniquidad!

Los enemigos de Colón, con una constancia digna de mejor causa, trabajaban en España para arrebatarle la gloria y las recompensas á que se había hecho acreedor por sus servicios, consiguiendo al fin que por la Corte se nombrase un comisario que fuese á la Española á informarse de las acusaciones de que era objeto su conducta. Para tan importante cargo se nombró á Juan Aguado, ayuda de cámara del Rey, el cual abusó de sus poderes, gozándose en atormentar á un grande hombre, agravando los males que aquejaban á Colón. Éste, enfermo y melancólico, conociendo lo crítico de su situación, juzgó necesario volver á España para justificarse personalmente ante los Reyes. Partió, pues, el 10 de Marzo de 1496, después de entregar la administración de la colonia á su hermano Bartolomé, y de nombrar presidente del Tribunal de Justicia á Francisco Roldán; y cuando llegó á España se presentó en Burgos á la Reina, triste, cabizbajo, y como un suplicante de genio que iba á pedir perdón de su gloria, según la feliz expresión de Lamartine. Su presencia produjo en el ánimo de la Reina una tierna compa-

sión, y, después de haberle oído, tomó su defensa. No sin haber luchado Colón por espacio de dos años contra toda suerte de intrigas, pudo conseguir que se ultimasen los preparativos de una *tercera expedición* sostenida por Isabel, que, á pesar de todos, conservaba al Almirante su respetuoso favor. No se encontraron españoles que quisiesen ir á establecerse en un país cuyo clima había sido tan funesto á un gran número de sus compatriotas, por lo que Colón propuso cargar las naves de delincuentes, que, en vez de ir á la horca ó á galeras, fuesen á poblar la Española. Y esta proposición, cuyas consecuencias debían ser fatalmente funestas, fué adoptada desde luego por la Corte, y más tarde por las demás naciones europeas.

El 30 de Mayo de 1498 partió Colón para su *tercer viaje*, con seis bajeles de mediano porte; y después de tocar en las Canarias, de donde despachó tres de sus navíos para llevar socorros á la Española, se dirigió hacia la línea, persuadido como sus contemporáneos de que las tierras más cálidas encerraban mayores riquezas minerales. Al llegar á los cinco grados de la línea, fué detenido por la espantosa calma del Ecuador, y cediendo á las instancias de sus gentes, que temían que los barcos se incendiasen, mudó de rumbo para dirigirse al Noroeste y tocar en alguna de las Caribes, al objeto de reparar su salud, quebrantada por la fatiga, y tomar algunas provisiones. El 1.º de Agosto se dió por el marinero que estaba de guardia sobre la cofa el grito de *tierra*, y se descubrió una isla grande, á la que el Almirante dió el nombre de *La Trinidad*, que aún conserva. Costeando la isla en busca de punto para anclar, descubrió al Sur una tierra baja que se prolongaba más allá de donde podía alcanzar la vista, y, á lo largo de la costa, la embocadura de un gran río, cuyas impetuosas aguas penetraban tres leguas dentro del Océano, sin que se mezclaran con las de éste. Conjeturó con mucha exactitud que un río tan caudaloso debía atravesar un vasto continente. No se engañaba: el Ori-

noco, con sus cincuenta bocas, sus numerosos brazos y su curso de 2.200 kilómetros, baña un país inmenso; sus crecidas son terribles, y en sus desbordamientos se extiende á cien kilómetros de sus riberas. Aquella tierra baja, del centro de la cual vió desembocar el río en el Océano, era la costa de Colombia, el continente del Nuevo Mundo que Colón creyó ser la prolongación de la costa oriental del Asia, ignorando, como todos sus contemporáneos, la semejanza fisonómica que tienen entre sí todas las producciones del clima de las palmas. Navegó en dirección al Oeste, á lo largo de la costa de las que fueron después provincias de Paria y Cumaná; tomó tierra en varios puntos y entró en relaciones con los naturales, observando que sus semblantes y costumbres guardaban la mayor semejanza con los indios de la Española, si bien parecían tener más inteligencia y valor. La gran cantidad de oro y el gran número de hermosísimas perlas que obtuvo de los habitantes de la costa, en cambio de mercaderías de escaso valor; la belleza y la fertilidad del país; la riqueza de sus producciones vegetales; la variedad de aves de brillantes colores, y la creencia en que estaba de que era aquello la parte más alta del globo, en donde, según Juan de Mandeville, debía estar situado el paraíso, fueron circunstancias que le indujeron á creer que había descubierto el paraíso terrenal, consignándolo así en la relación de este viaje y pretendiendo demostrar que el Orinoco es el famoso río que nace en el Edén.

El mal estado de las naves, sus enfermedades y la impaciencia de las tripulaciones, le obligaron á alejarse con sentimiento de tan encantador país, prometiéndose, sin embargo, volver cuanto antes á proseguir sus importantes descubrimientos. Al dirigirse á la Española, adonde llegó el 30 de Agosto, descubrió las islas de *Cubagua* y de *Margarita*, que llegaron á ser célebres por la pesca de las perlas.

En la colonia, á pesar de la prudencia de su hermano Bartolomé, reinaba la más espantosa anarquía: Roldán,

nombrado por Colón presidente del Tribunal de Justicia, se había sublevado desconociendo la autoridad de aquél é incitando á los indios á sacudir el yugo que sobre ellos pesaba. Comprendió Colón, en vista de la gravedad de las circunstancias, que era necesario usar de la mayor prudencia para restablecer la paz y la tranquilidad, y trató, no de combatir á los sublevados, sino de negociar con ellos, y principalmente con sus jefes, para reducirlos á la obediencia. En su consecuencia, se reconcilió con Roldán, y con esto consiguió desunir y debilitar á los amotinados, pero no extirpar de la isla el germen de la discordia, siendo muchos los disidentes que continuaron armados, rehusando someterse á su autoridad; por lo que el Almirante y sus hermanos veíanse obligados á estar continuamente en campaña, ya para impedir sus excursiones, ya para castigar sus violencias. Mientras Colón procuraba con éxito pacificar la isla, regularizar su gobierno, y tomaba sabias medidas para hacer beneficiar las minas y cultivar el país, Fernando é Isabel, dando oído á las acusaciones que proferían los descontentos de su administración, mandaron á Francisco de Bobadilla con ilimitada autoridad para que se informase de lo que ocurría en la colonia. Éste, que era hombre de carácter despótico y violento, después de escuchar las quejas de los ambiciosos y depredadores, y los gritos de la inquieta envidia, hizo arrestar brutalmente á Colón, confiscó todos sus bienes y le envió á España cargado de cadenas.

Cuando los Reyes supieron que el Almirante era traído preso, se avergonzaron, y no sin motivo, de su propia conducta, sublevándose la opinión pública al ver llegar, cargado de cadenas, al hombre á quien España debía todo un mundo. Apresuráronse los Reyes á mandar ponerle en libertad y destituir á Bobadilla; pero no reintegraron á Colón en los derechos y privilegios anejos al título de virrey de los países que había descubierto, y, en su lugar, fué enviado de gobernador á la Española Nicolás Ovando, con

una magnífica escuadra de 32 naves, á bordo de las cuales se embarcaron 2.500 personas. Colón, no obstante la reconocida grandeza de su alma, no pudo soportar con paciencia esta nueva muestra de bajeza y desprecio: á todas partes donde iba llevaba consigo, como monumento de la ingratitud de los hombres, aquellas cadenas con las que le cargaron para atravesar el Atlántico, que él el primero había abierto á la ingrata Europa. «Yo (*dice su hijo*) las vi siempre colgadas en su gabinete, y quiso que fuesen con él sepultadas.»

No le abatió la ingratitud, y preocupado en llevar á cabo su proyecto favorito, el de abrir un nuevo camino para las Indias Orientales, se ofreció, con el entusiasmo de un joven aventurero, á emprender un nuevo viaje, con tanto mayor motivo cuanto que Vasco de Gama había llegado á la India por otro camino y Cabral había descubierto el Brasil.

No pudo, sin embargo, obtener más que cuatro carabelas, la mayor de las cuales no excedía de 70 toneladas, y con ellas salió de España, en 1502, acompañado de su hermano Bartolomé y de su hijo Fernando, para dar la vuelta al globo, á la avanzada edad de sesenta y seis años. Á causa del mal estado de sus naves se vió obligado á dirigirse á la Española, en donde no quisieron recibirle ni atender sus advertencias respecto á una tormenta que pronosticó, lo que fué causa de que se perdieran las naves, cargadas de las mal adquiridas riquezas que llevaban á España Bobadilla y Roldán, que perecieron juntamente con la mayor parte de sus más encarnizados enemigos. Tuvo, pues, que dirigirse á Cuba á recomponer sus abiertas naves. En este su *cuarto y último viaje* añadió á sus numerosos descubrimientos los de la *Martinica* y toda la costa del continente, desde el cabo *Gracias á Dios* hasta la ensenada de *Porto Bello*, creyendo siempre que á lo largo del istmo de Darien hallaría un estrecho por donde podría pasar á los mares orientales, lo que le alejó de México (despreciando las indicaciones de los

habitantes de la costa de Honduras), cuyo descubrimiento hubiera cubierto de nueva gloria sus ya tristes días.

Obligado á abandonar sus exploraciones, después de perder dos naves, naufragó en la costa de Jamaica, en cuya isla pasó un año enfermo de cuerpo y de espíritu, atacado por los indígenas, entre sus marineros sublevados y pidiendo en vano pan y socorros á la Española; y no pereció con su gente, gracias á los comestibles que consiguió de los naturales prediciéndoles un eclipse de luna.

Por fin volvió á tomar el camino de España, adonde llegó el 7 de Noviembre de 1504, enfermo y abatido. Isabel, la que un día fué su protectora, murió á poco tiempo. Fernando, después de reiteradas instancias, le permitió que fuese á verle, y le acogió con frías protestas de estimación y reconocimiento. Sus justas reclamaciones para que se le restituyesen los privilegios que se le habían otorgado en el Tratado de 1492 no fueron atendidas, y lastimado por tanta ingratitude, aniquilado en fuerza de las fatigas y penas que había experimentado, debilitado por las enfermedades y sumido en la miseria, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, á la edad de sesenta y ocho años. Su muerte, al arrebatarse, impidió que oyera dar al Nuevo Mundo, por él descubierto, el nombre de Américo Vespucio, piloto que le había acompañado en uno de sus viajes.

La injusticia é ingratitude con que se le trató en vida, le siguió después de la muerte, y hasta hoy día vemos que se le ha llegado á negar toda gloria y grandeza. Al lado de sus detractores y envidiosos, se han levantado partidarios apasionados que, con más buena voluntad que criterio y juicio, han querido sublimar todos sus actos y elevarlo en los altares del culto católico. Ven en él un profeta, un elegido de Dios, un mártir de la religión, en una palabra, *un santo*.

Historiadores distinguidos, reputados escritores, imputan á Colón gravísimos cargos. Acúsanle por su constante preocupación en adquirir el oro, por su injusticia para con

los inocentes y confiados habitantes de América, por su carencia de sentimientos humanitarios y por su nulidad política. Tales cargos, incontestables á primera vista, demuestran, por un lado, que los que así han juzgado á Colón, si no desconocían, echaban cuando menos en olvido el espíritu religioso, ó si se quiere, la intolerancia y el fanatismo que dominaba á su siglo, que creía de buena fe que los herejes y los idólatras estaban fuera de las leyes de la humanidad y que sin ninguna debían ser tratados; y, por otra parte, que no tuvieron tampoco en cuenta que si Colón buscó con avidez el oro, debido era esto, más que á sus propios sentimientos y deseos, á la sórdida avaricia del rey Fernando y á la codicia de sus gentes. El único cargo que podemos admitir como fundado, es el de que no supo Colón dar orden á sus descubrimientos, y que, obli-



Cristóbal Colón.

(De un retrato atribuido á Antonio del Rincón.)

gado á satisfacer los incesantes pedidos de oro, no pensó en las ventajas mucho más positivas que de las colonias podían obtenerse.

Colón (según lo describen los que le conocieron y trataron, y su pretendido biógrafo é hijo D. Fernando) «era alto y bien formado, frente ancha y nariz aguileña, ojos pequeños y garzos, tez blanca, cabello rubio, aunque la vida de movimiento y de exposición continua á la intemperie había

atezado su rostro y encanecido sus cabellos antes de los treinta años. Dignidad y majestad en su presencia, afluencia en el decir, afabilidad y mesura en sus modales, aunque á veces solía excitarle la viveza de su imaginación y la fe en sus altos designios y proyectos; nada aficionado á diversiones y pasatiempos, porque tenían siempre embargado su espíritu los graves negocios á que consagró su vida.»

La tierra que él descubrió se la llamó en un principio con el nombre de Indias Occidentales, y no fué sino hasta tres años después de la muerte de Colón cuando á la parte continental ya más conocida se la empezó á dar el de América.



Americo Vespucio.

Entre las personas que los viajes de Colón entusiasmaron había uno llamado Americo Vespucio, mercader florentino de antigua y distinguida familia, buen geógrafo y buen marino, aunque dedicado en España al comercio. Acompañó al Almirante en alguno de sus viajes; después á Ojeda, y efectuó otros por cuenta de los Reyes de España y Portugal. Vespucio escribió muchas cartas, referentes á sus viajes, á varios personajes italianos, y de ellas algunas fueron impresas desde luego, y otras más tarde. Una de estas cartas, dirigida al cardenal Lorenzo P. de Médicis, vió la luz pública en París, impresa en latín por Juan Lambert el año 1503, llamando sobremanera la atención por afirmar su autor que había surcado la cuarta parte del mundo y descubierto países desconocidos que deberían ser considerados como un

nuevo mundo. Se multiplicaron bien pronto las ediciones latinas, y el mismo año de 1503 apareció en Nuremberg una en alemán, y así fué como el gran descubrimiento efectuado por Colón se vulgarizó, aunque Vespucio para nada habla de ello.

La carta impresa de Colón narrando el descubrimiento de nuevas tierras circuló bien poco; no así las del florentino, que fueron bastante vulgarizadas.

Así fué que la errónea creencia de que Colón había sido solo el descubridor de algunas islas, y que Vespucio lo era de todo el continente, se extendió mediante esas cartas, al grado que el año 1507 se propuso dar el nombre de América al Nuevo Mundo en honor del supuesto descubridor. Fué el autor de dicha proposición el alemán Martín Waltzemuller en la obra publicada en Saint-Dié el año 1507, é intitulada *Cosmographiae Introductio*.

En el capítulo ix de esta obra escribió lo que adjunto reproducimos, texto que dice en castellano:

«Verdaderamente que ahora que estas regiones han sido exploradas más extensamente, y ha sido descubierta por Americus Vespucius otra parte del mundo, como puede verse por las adjuntas cartas, no veo ningún motivo para que no se llame á ésta con justicia AMERIGEN, es decir, la tierra de Americus, ó América, por su descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia han recibido el nombre de mujeres.»

La idea y nombre fueron bien acogidos, y ya en 1509 se ve el nombre América en un *Globus Mundi*, impreso en Strasburgo, y en cartas y obras geográficas de 1511, 12, 21 y 26, contribuyendo á difundirlo y autorizarlo las grandes obras de Stobniza, Ortelios y Mercator.

En estos últimos años el difunto profesor F. Marcou trató

Nuc 90 & he partes sunt iatius sustrate / & alia quarta pars per Americu Vespuciu (vt in sequentibus audietur) inuenta est / quã non video cur quis iure veteri ab Americo inuente fagacis ingenij vi Americo Amengen quali Americi terra / huc Americam dicendã: cũ & Europa & Asia a mulieribus sua forma sint nomina. Eius sicut & gentis mores ex his binis Americi nauigationibus quã sequuntur liquide intelligi datur.

Facsimil del párrafo de la *Cosmographiae Introductio* en que se estampa por primera vez el nombre de América.

de probar el origen indio de la voz América, como propio de idioma, tribu y lugar de la América Central, tarea en que le ayudaba un inteligente escritor nativo de esas tierras; se ha pretendido también explicarlo y encontrarlo en la lengua maya ó de Yucatán, aunque todo ello se ha rechazado por los sabios.

CAPÍTULO III

Descubrimientos y viajes posteriores á Colón. — Hernán Cortés. — Francisco Hernández de Córdoba: su expedición. — Expedición de Juan de Grijalva. — Expedición de Hernán Cortés. — Llegada á Cozumel. — Jerónimo de Aguilar. — Llegada á Tabasco. — La célebre Marina. — Arribo á Ulúa. — Desembarque en Chalchihucan.

Al descubrimiento de Colón siguieron otras exploraciones llevadas á cabo tanto por particulares como por cuenta de los Gobiernos europeos, inaugurándose así una verdadera época de *viajes de descubrimientos*, á los que más tarde siguieron las *empresas de conquista*.

Rompió la marcha Alonso de Ojeda, acompañado de Vespuccio, el año 1499, y arribó á Tierra Firme. Le siguieron Pedro Alonso Niño, Diego Lepe, Rodrigo de Bastida y Juan de la Cosa.

En 1467 Juan y Sebastián Cabot visitaron el Labrador; el portugués Pedro Álvarez Cabral, en 1500, descubre el Brasil; Juan Ponce de León, buscando la fuente de la juventud eterna, toca en 1512 la Florida, y en 1513, Vasco Núñez de Balboa llega al Océano Pacífico, y con su conocimiento abre un campo nuevo y extensísimo á los viajes y exploraciones.

El Gobierno de Ovando en la Española, llevado con hábil y política mano, dió excelentes resultados á los colonos, aunque pésimos á los nativos, pues aquéllos encontraron protección y garantías prosperando en sus negocios, y éstos, tratados con sumo rigor y tiranía, pronto concluyeron. Natural era que al lado del explorador fuese el colono, y éstos, cuando fácilmente no podían poseer la tierra descu-

bierta, tenían que transformarse en conquistadores. Los soberanos europeos, que de esas empresas recibían pingües utilidades, empezaron á conceder permisos de exploraciones y conquistas, con privilegios para los aventureros y audaces que lo intentasen.

Hemos visto hasta aquí cómo los europeos se limitaron á ser exploradores que se aventuraban solamente á lo largo de las costas y al alcance de sus naves. Desde ese momento empieza una nueva raza, la de los *conquistadores*, que empleando unas veces la fuerza de las armas, otras la astucia y la traición, se arrojan sobre los pueblos americanos, á los que saquean, esclavizan y casi destruyen.

Esta nueva raza aparece con HERNÁN CORTÉS, hombre de cualidades extraordinarias y sin disputa uno de los más grandes hombres de la humanidad, de su patria y de su época.

Antes de ocuparnos de su empresa y asombrosos hechos, veamos cómo llegó á estar en aptitud de comenzarlos.

Compañero del almirante Colón, y más tarde criado de su hijo D. Diego, fué Diego Velázquez quien se estableció en la isla Española, donde ascendió, tanto bajo el gobierno de Colón como bajo el de Ovando, y en 1511, época de la conquista de Cuba, fué nombrado gobernador de ella. Sometida la isla, comenzaron á afluir á ella numerosos aventureros pretendiendo licencia de Velázquez para explorar y descubrir las tierras cercanas.

En 1517 *Francisco Hernández de Córdoba* organizó una expedición á las Lucayas por orden del Gobernador, y se hizo á la vela con tres barcos. Empujado por los vientos llegó hasta la península maya, tocando al cabo *Catoche* y en la isla de las Mujeres. Invitados por los mayas á acercarse, quienes en su idioma les decían *conex cotoch* (venid á nuestras casas), fué origen de la palabra *Catoche* con que bautizaron al cabo. Con bastantes precauciones, que no fueron inútiles, bajaron de las naos, y ya en tierra, fueron batidos por los indios, á